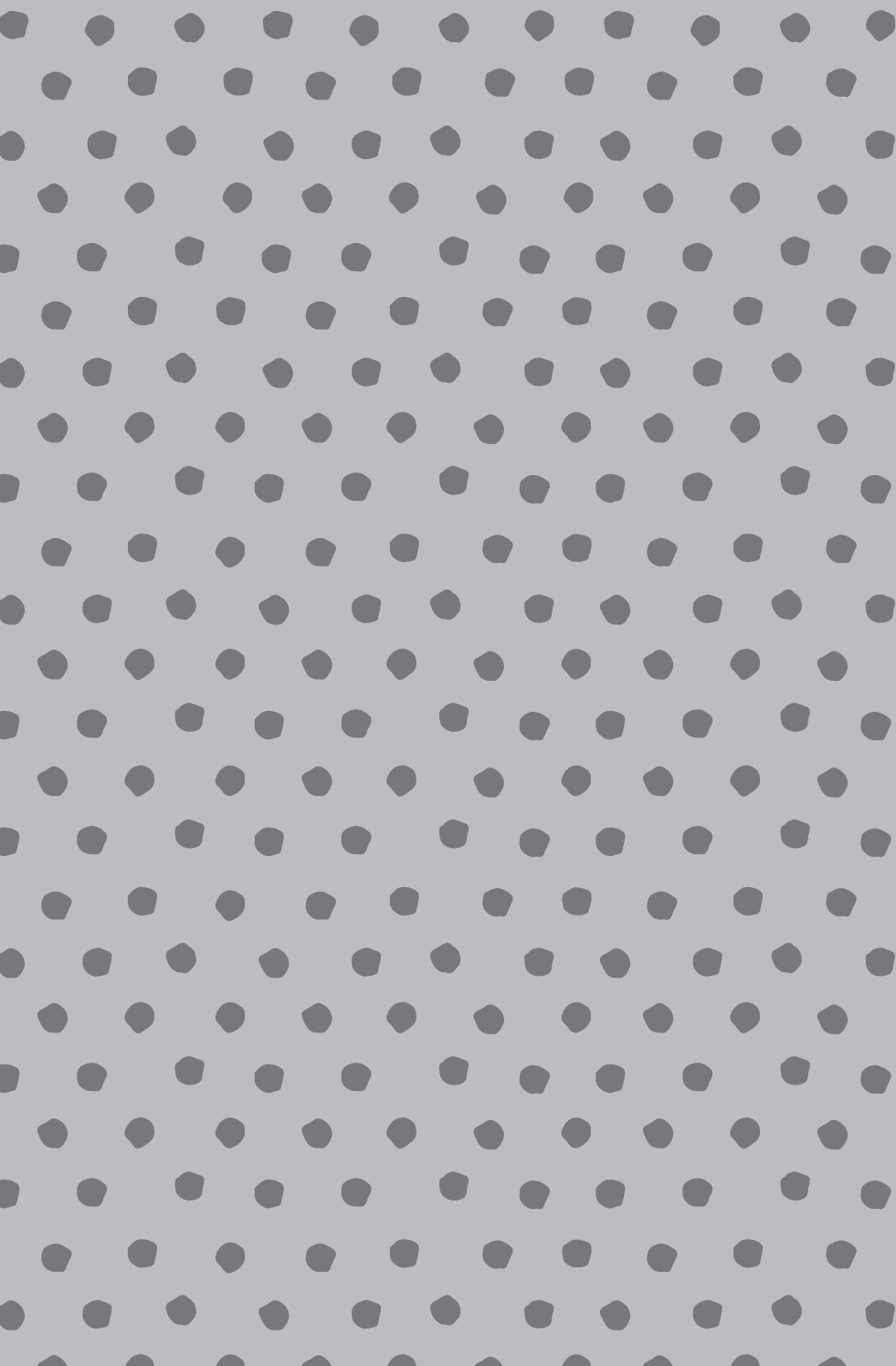




Bruce Segundo
LLAMAR



Existen infinidad de maneras de forzarte a tomar una decisión. Todo el tiempo hacemos eso: tomar decisiones. Si pensáramos cada vez que tomamos una decisión, nos quedaríamos paralizados. Qué palabra deberíamos decir. Hacia dónde girar. Qué mirar. Qué número marcar. Uno tiene que tomar aquellas decisiones que considera importantes y dejar a un lado el resto. Son aquellas ocasiones en las que uno piensa que una de esas opciones podría arruinarlo todo.

Ella no estaba en su casa. Ese fue el primer factor. El conserje me dejó subir, toqué el timbre y Naomi no estaba allí, donde me dijo que estaría. Hace dos meses esto me habría sorprendido, pero en ese momento, simplemente, me molestó. Ya sabes cómo es esa sensación que uno siente al esperar a alguien, y quiero decir, *en verdad* esperar a alguien, como cuando te encuentras en la puerta de un restaurante un día frío, mientras cientos de personas pasan caminando a tu lado y no quieres hacer ninguna otra cosa por miedo a perderte de algo, ya que, si por alguna razón no la ves venir, ella se marchará enseguida. Entonces, te encuentras allí y no haces otra cosa más que pensar en cómo es que estás en ese

lugar. De a ratos, bajas la mirada para ver la hora en tu reloj, o para revisar que el móvil no se haya puesto en silencio por accidente, aunque ya lo hayas verificado un minuto atrás.

Así se comenzó a sentir salir con Naomi.

La llamé y colgué ni bien me atendió la contestadora, porque ¿qué sentido tendría dejarle un tercer mensaje de voz? ¿Qué sentido tiene dejarle tres mensajes de voz *bajo cualquier circunstancia*?

Simplemente, me encontraba allí, intentando descifrar por cuánto tiempo más debería esperar, cuando la puerta del apartamento de Ely se abrió y salió él, descalzo, llevando una bolsa de basura para arrojar por el vertedero.

–Déjame adivinar –me dijo, mirándome con una sonrisa.

Nunca superamos la etapa de un simple saludo. Yo no le caía muy bien porque él pensaba que yo era aburrido, y a mí no me caía muy bien, justamente, porque él pensaba que yo era aburrido. Pero cuando Naomi quería que saliéramos juntos, la pasábamos bien. Pasé a ocupar el puesto de espectador. No estaba celoso de él, ¿cómo podría estarlo si es gay? No, estaba celoso de *ellos*. Era como si hubieran crecido juntos mirando los mismos programas de televisión, esos programas a los que siempre se refieren fueron su vida juntos, cada episodio más divertido que el anterior. De vez en cuando, Naomi (e incluso Ely) hacían un esfuerzo por explicarme una de sus referencias, pero al explicarlo la situación se tornaba aún más forzada, aún más evidente. Mi único consuelo era que la noche terminaría en cualquier momento y que Naomi volvería a casa conmigo y

no con él. Estaba seguro de que Ely pensaba que yo no lo valía, pero presentía que él jamás sentiría que alguien sería suficiente para Naomi. Al igual que ella nunca estaría feliz si él saliera con alguien más. En términos de películas viejas, hay que verlo de esta manera: Fred Astaire tenía una esposa que no era Ginger Rogers, y Ginger Rogers tenía un esposo (en realidad, varios, creo) que no era Fred Astaire. Pero ¿había alguna duda sobre quién era su verdadera pareja de baile? Puede que yo sea el novio de Naomi, claro. Puede que sea el único con el que ella duerme (o no). Pero estaba muy seguro de que yo nunca sería su pareja de baile.

Ely me preguntó si me gustaría pasar y, pensé, *¿por qué no?* Quiero decir, esto me daría una buena razón para dejarle un tercer mensaje a Naomi, así podría saber dónde encontrarme cuando llegase. Era mucho mejor que esperar en el pasillo.

No había nadie más en su casa. Tenía curiosidad por conocer a sus madres; Naomi me habló de ellas lo suficiente como para que pudiera armar la historia completa. Sé que está mal, pero siempre me imaginé a su madre, la que tuvo la aventura con el papá de Naomi, como una persona atractiva. De esa forma tendría mucho más sentido, al menos para mí. Y Ely también es atractivo. No es que no me hubiera dado cuenta de eso, aunque nunca creí que eso significara algo para mí. No era que me hubiera *sentido* de la misma manera que cuando había alguna chica linda cerca. Como Naomi, quien no solo es atractiva sino que también es del tipo de chicas a las que les gusta pensar. Había descubierto, en mi

limitada experiencia con las citas y en mi un-poco-menos-limitada experiencia con las amistades, que había muchas personas que trataban los pensamientos como si fueran una molestia. Simplemente, no les provocaba curiosidad. No se molestaban siquiera en intentarlo por el bien de la relación. En cambio, Naomi sí valoraba el fino arte de pensar. El único obstáculo era que no podía descubrir qué era lo que ella estaba pensando. Supuse que Ely sabría un poco más.

Entramos en una de esas salas de estar que tienen una pared recubierta hasta el techo con estantes llenos de libros, en donde han estado apilados por tanto tiempo que parece que se han unido para formar una columna con muchas vértebras.

–¿Me permites tu abrigo? –me pregunta Ely. Se lo entrego y lo arroja a una silla, lo cual habría sido ofensivo, pero la manera en que lo hizo, riendo para sí mismo más que de mí, lo convirtió en algo encantador. Me senté en el sofá y se paró frente a mí.

–¿Puedo ofrecerte algo para beber?

Tendría más sentido, quizás, si hubiera dicho que sí. Pero, en cambio, dije que no.

–Mejor. Según escuché, algo llamado “Brandi” puede meterte en problemas.

–Vaya nombre –le dije.

–Sí, es el de mi mamá –me responde.

–No sabía que tu mamá se llamaba Brandi –le digo, confundido.

–Claro que no –me contesta, aún más confundido.

–Pero ¿no acabas de decir que es el nombre de tu mamá?

–Ella prefiere Ginny.

–Entonces, ¿se llama Ginny?

–Tienes que detenerte –me dice riendo a carcajadas–. Me vas a matar.

Comienzo a reír, aún confundido.

–Pero ¿a quién le pertenece Brandi?

–Ya te lo dije, ¡A MI MADRE!

A esta altura de la conversación, él se estaba desternillando de la risa y me di cuenta de que yo estaba haciendo lo mismo. Su piel se estaba tornando colorada, lo que provocó que me riera aún más fuerte. Cada vez que comenzábamos a calmarnos, él gritaba “¿BRANDI?”, a lo que yo le respondía “¡TU MADRE!”, y nos reímos sin parar hasta llorar, retorcidos del dolor y haciendo ruidos como cerdos. Me encontraba tumbado, secando mis ojos. Se sentó junto a mí en el sofá y rio, rio y rio.

Tienes que entenderlo: normalmente, no me río tanto. No por voluntad propia. Es que nunca tengo la oportunidad. Por eso, cada vez que lo hago, es un maldito desmadre. Es algo como una entrada.

–¡Toc toc! –le dije

–¿Quién es? –pregunta.

–Juan.

–¿Qué Juan?

–¡EL QUE TE PEGÓ EN EL ZAGUÁN! –le grité.

Fue como si hubiera sido lo más gracioso que alguna vez oímos.

–¿Qué le dijo el ketchup al refrigerador? –me preguntó a los gritos.

–¡TU MADRE! –le respondí, desaforado.

–¡Cierra la puerta que quiero bailar salsa!

Estuvimos así, por lo menos, durante veinte minutos. Cada broma que habíamos escuchado en tercer curso resucitaba como si fuera obligatorio mencionarla. Y, ni bien nos quedábamos en silencio, volvíamos a gritar “KÉTCHUP” o “TU MADRE” hasta que surgía algún otro chiste.

Al fin, nos detuvimos para recuperar el aliento mientras todavía nos encontrábamos en el sofá. Noté que se inclinaba hacia mí. Bajé la mirada hacia sus pies descalzos y decidí sacarme mis zapatos.

–¿Ya terminaste? –me dijo, mientras yo me quitaba un zapato.

–No, ese fue el primero –le respondí.

Me miró fijo y se sintió como si hubiera sido la primera vez que me veía.

–Me caes bien –me dijo.

–Trata de no sonar muy sorprendido –le respondí.

Inclinó tanto su cabeza hacia atrás que me miraba al revés. En ese momento pensé: *es mucho más atractivo de esa forma*. Y yo ni siquiera puedo sentirme atractivo parado derecho.

–No importa si estoy sorprendido o no –replicó–. Lo único que importa es que me caes bien.

De pronto, oímos el elevador detenerse en nuestro piso y Ely, con cautela y rapidez, se dirigió hacia la puerta principal para atisbar por la mirilla. Mientras tanto, yo me saqué el otro zapato.

–Solo es el Sr. McAllister –dijo finalmente–. No te preocupes.

Entendí muy bien a qué se refería con el “No te preocupes”. Porque, debo admitirlo, no quería que fuera Naomi quien bajara del elevador. Quería quedarme así. No solo estaba disfrutando de la compañía de Ely, sino que también estaba disfrutando de mí mismo.

–Oigamos algo de música –propuso Ely.

Le contesté que sería buena idea, asumiendo que encendería el estéreo en la sala de estar, pero en su lugar me guio hacia su habitación. Al entrar, pude ver que todas las paredes estaban recubiertas con fragmentos de poemas y fotografías de sus amigos, especialmente de Naomi. Encendió la computadora para buscar el álbum que quería y lo puso a sonar. Lo reconocí de inmediato: *From the Choirgirl Hotel*, de Tori Amos. Se sentía como si la canción se desprendiera de los altavoces para sumergir la habitación en su música. Pensé que Ely se sentaría en una silla o se acostaría en la cama, pero, en cambio, se tumbó sobre el suelo de madera con la vista puesta en el techo, como si estuviera mirando el cielo. No me dijo qué hacer, por lo que me acosté junto a él y sentí el suelo bajo mi espalda, sentí mi respiración, sentí... *felicidad*.

Con el pasar de las canciones recordé que había dejado el móvil en mi chaqueta, lo que significaba que no lo escucharía si llegaba a sonar. Aún así, lo dejé ir.

Había algo en el silencio que me hacía sentir cómodo. Él no me decía nada, pero no me sentía ignorado. Éramos parte del mismo momento y no necesitaba clasificarlo.

–¿Crees que soy aburrido? – le pregunté, finalmente.

Volteó su cabeza hacia mí, aún con la mirada hacia arriba.

–¿Por qué crees eso? – me preguntó.

–No lo sé –murmuré, un poco avergonzado por haber hablado.

Creí que volvería a mirar al techo, a sumergirse en la música, pero, en su lugar, volteó hacia mí y me miró fijo por un minuto, como mínimo. Después de un tiempo, me tendí de lado para poder verlo mejor.

–No –me respondió luego de unos segundos–. No creo que seas aburrido. Sí creo que hay veces en las que no te permites ser interesante... pero eso, seguro, puede cambiar.

¿Cómo puedes pasar horas tratando de entender quién eres realmente y luego aparece un extraño y te dice algo de ti que expresa mucho más de lo que tú podrías descubrir por tu cuenta?

Nos quedamos ahí tumbados, mirándonos, y eso provocó que los dos sonriéramos.

Luego, de la nada –la nada misma dentro de mí–, surgieron esas palabras.

–También me caes bien. De verdad. Me gustas.

Hay algo muy íntimo en decir la verdad en voz alta. Y también al escucharla. Hay algo muy íntimo al compartir la verdad, incluso si no estás del todo seguro de qué significa.

Y fue en ese momento que se acercó lentamente y me besó con suavidad en los labios, como si hubiera leído en mi mente que eso era justamente lo que necesitaba.

Rompió el hechizo. No es que haya dejado de ser feliz, al contrario, todavía estaba, sin poder explicarlo, extremadamente feliz. Pero de pronto, comprendí que esa felicidad tendría consecuencias. La expresión en mi rostro debió haber sido evidente.

–No debí haber hecho eso –me dijo con voz un poco asustada.

–No –le respondí.

–En serio, no debí haberlo hecho.

Se sentó, pero yo permanecí acostado por unos segundos más, con la vista perdida sobre el espacio que acababa de abandonar. Luego, hice lo mismo que él y me di cuenta de que estaba listo para irme, sin haberlo decidido antes.

Él se quedó quieto en su lugar, pero volteó hacia mí cuando llegué a la puerta. Hice algunos ruidos que sonaron como excusas por marcharme, y él hizo algunos ruidos para demostrarme que entendía por qué me marchaba.

–Pero quería hacerlo –dijo, simplemente, antes de que pudiera irme. Esperé un momento hasta estar seguro de querer abandonar el lugar.

-Yo también -le dije.

Y me marché. Salí de su habitación, me coloqué los zapatos, tomé mi chaqueta, salí del apartamento, crucé el pasillo, subí al elevador, salí del edificio, esperé a que cambiaran las luces del semáforo, crucé la calle, guardé mis manos en los bolsillos. Nada de eso importaba. Ninguna de esas cosas me demostraba quién era yo realmente, solo me recordaban lo que había hecho.



Ahora, mañana, tarde y noche... extraño a Ely, y a Naomi.
Extraño lo sencilla que era la vida hace veinticuatro horas.

Pienso mucho en él.

Pienso mucho en ella.

Pero pienso mucho más en él.

De verdad. Me gustas.

Decido tomar el móvil por primera vez, luego de haber huido asustado de su apartamento. Decido no revisar los tres mensajes nuevos. Decido hacer una llamada para enfrentar las consecuencias y para, quizás, volver a ser feliz.

Solo queda decidir a quién llamar.